nizas de una ciencia criminal, criminal como los suicidas. Estos sabios sin fe, enemigos formidables de la humanidad, son quizá ministros de la eterna justicia, como lo fueron un tiempo los tiranos; como lo son en todos los siglos el rayo y las inundaciones, la enfermedad y la muerte.

CAPITULO X

PROGRESO CIENTIFICO.

I

Axiomas: tanto como el hombre se aparta de la verdad, tanto ménos científico se hace. Tanto como el hombre se aparta de la fe, otro tanto se aleja de la verdad.

El hombre de ciencia necesita creer: los soberbios que no creen en Dios, creen en los otros hombres; los escépticos que no creen en Dios ni en los otros hombres, creen en sí mismos. La creencia en sí propio encierra el espíritu en un círculo de hierro, donde todo es oscuridad y confusion; la creencia ciega en los demas hombres encadena el espíritu y lo reduce á la triste condicion de un cautivo sin rescate; la creencia en Dios y en las verdades católicas abre á los ojos del espíritu horizontes magníficos, los magníficos horizontes de la ciencia. No puede asegurarse que la razon humana busca fatal y necesariamente el

verdades que están mas altas; para su viaje alrededor de las lisonjas humanas no necesitan tantos preparativos ni tan prolijos recursos: la razon basta; lo que no quepa en la razon no debe viajar, debe quedarse en tierra como cargamento inútil. ¿Y qué resulta de semejante proceder? Muy sencillo: la razon humana, por sí sola, sirve para dividir, no para unir. La inerrabilidad de la razon universal, sostenida por Lamennais, es una de las herejías mas inútiles que conocemos: el supuesto de la razon universal será perpetuamente un triste problema de las ciencias filosóficas. No hay nada que divida y separe á los hombres como el orgullo: el orgullo levanta una muralla entre cada dos hombres. No hay nada que úna é identifique á los mortales como la humildad: la humildad borra las fronteras que entre los mortales ha podido levantar la pasion.

Cuando los filósofos rompen el freno de la fe y desaparece por tanto el contrapeso de la vanidad, la razon se eleva, y se pierde; la ciencia se convierte en *acertijo*, y el pensamiento se evapora y se desvanece, segun la expresion de San Pablo.

IV

Las ciencias filosóficas hablan hoy á manera de dialecto aleman que los profanos no entendemos: dicen que es el dialecto de la ciencia: sea en hora buena. Nada mas léjos de nuestro propósito que menospreciar lo que constituye el encanto de inteligencias privilegiadas. Varones insignes se consagran al estudio de esa filosofía etérea, especie de *gnosticismo* de los tiempos modernos, y tal vez encontrarán en ella algo de serio y de trascendental cuando no vuelven paso atrás desde el instante en que dan vista al nebuloso campo de las mas nebulosas especulaciones.

Si el refinamiento de las palabras y la sutileza de los conceptos son signos característicos de decadencia, anuncian el bajo imperio de la literatura, bien pudiera decirse que el germanismo filosófico, ahora dominante, disfraz gongorino de los pensamientos mas claros y á veces de las verdades mas triviales, revela un deplorable decaimiento de los estudios filosóficos. Pero queremos suponer que no es así; queremos suponer que la extravagancia de la nomenclatura es una belleza de primer órden, es el dialecto de los sabios; que-

remos prescindir de la forma y pensar algo en el fondo. Esta filosofía, á veces espiritualista hasta la evaporacion, á veces materialista hasta el absurdo, es una ciencia muy alta, muy grandiosa, muy trascendental: convenido; ¿pero es católica? ¿Reconoce y acata todo aquello que la Iglesia católica, maestra suprema de la verdad, tiene establecido y sancionado? ¿Sí, ó no? Si el actual germanismo filosófico es católico, la cuestion se convertirá en cuestion de formas y de nombres. Si el germanismo filosófico no es católico, sino protestante como sus autores, escéptico como algunos de sus maestros, y enemigo de la verdad revelada, como casi todos, entónces deberémos hacer alto y dirigir un recuerdo á los apóstoles de la flamante doctrina. Difícilmente puede inventarse ya un sistema en materias filosóficas; difícilmente puede aparecer un error nuevo, un error no combatido en la serie de los siglos. Quisiéramos que los filósofos filo-germánicos de nuestros dias se preparasen ántes de volar á ese sublime abstracto que forma sus delicias, ya que no con una confesion general y un acto de humilde adhesion á los artículos de la fe cristiana, con el estudio detenido é imparcial de la historia de las herejías, á contar desde el siglo I de la Iglesia al XIX, desde Simon Mago á Proudhon, y con un viaje científico por las obras de los Santos Padres y de los filósofos católicos, desde San Pablo hasta Augusto Nicolás. Con esta preparacion, tal vez diesen por andado todo el camino que se proponen recorrer: tal vez se convencieran de que su filosofía tan ponderada es aquella misma filosofía que San Bernardo definió: «arte de buscar la verdad sin encontrarla jamas.»

Acontece á algunos autores noveles de comedias, que no hubieran acometido tal ó cual obra, para no tocar siquiera en la esfera de la medianía, si hubieran sabido que otro autor de la antigüedad desenvolvió el mismo pensamiento produciendo una obra quizá memorable en la historia del ingenio; de esta misma suerte algunos filósofos modernos, principalmente los que sin exámen y solo atraidos por la curiosidad, militan en las filas del germanismo, se avergonzarian si cuando se juzgan los filósofo-novadores del siglo XIX, se hallasen con que su puesto verdadero está entre los comparsas aplaudidores de tal ó cual heresiarca de los siglos medios. Hacemos á la cabeza y al corazon de nuestros filósofo-poetas la justicia de creer que no han meditado bastante en este riesgo, y que obedecen al influjo de una ráfaga maligna cuando dejan la claridad de la filosofía católica que tiene resplandores del cielo, por el caos de la razon independiente y soberana: ¡triste soberana ceñida con corona de tinieblas!

error: no es cierto, por fortuna, que entre la razon humana y la verdad hay un odio invencible; tanto valdria proclamar el imperio de Satanás. En castigo del pecado, la mente humana quedó herida y enferma en sus dones naturales; pero no muerta, ni ciega, ni postrada de todo punto para el bien: esta mente enferma y mal herida, envenenada desde el principio del mundo con el fruto del árbol de la ciencia, se vivifica con los auxilios de la gracia, se vigoriza con el calor de las eternas verdades, y en sus horas de lucidez produce maravillas como la *Ciudad de Dios* y la *Suma teológica*, y el libro *De la imitacion de Cristo*.

Es preciso huir de todas las exageraciones: más meritorio que clamar contra la razon humana y protestar contra ella como principio de todo mal y raíz de toda desgracia, es consagrarse al mejoramiento de la razon, á educar las inteligencias para la verdad y los corazones para el bien dentro de las vías católicas, únicas que conducen á término seguro y venturoso. Es preciso no aborrecer á la humanidad con ese aborrecimiento sañudo que muestran algunos intransigentes tradicionalistas: el hombre sigue siendo imágen y semejanza del Criador. Verdad es que el hombre desobedeció primero á su Dios, y luego lo desconoció, y por último lo crucificó; pero grande es el amor de Dios hácia el hombre cuando, para borrar

tamaños crímenes y rescatarlo del poder del infierno, tomó naturelaza humana el poderoso Señor de los cielos y de todo lo criado; y bajó á la tierra á satisfacer á la Justicia infinita, con satisfaccion tambien infinita; y consumó en cruz afrentosa el misterio de los siglos.

No es lo mismo aborrecer á la humanidad que aborrecer los errores de la humanidad: lo primero es un desvarío funesto; lo segundo es una consecuencia necesaria de premisas rigurosamente lógicas. La verdad no puede amalgamarse con el error; entre la verdad y el error hay un antagonismo profundo, una repugnancia invencible. Aborrezcamos el error con aquel santo aborrecimiento que tiene el bien al mal, el órden á la confusion, la luz á las tinieblas, lo justo á lo inicuo, lo bello á lo deforme.

II

La razon humana es desde el principio del mundo víctima de una enfermedad horrible. Quiere volar y no puede, porque un peso tenaz oprime sus alas: quiere penetrar con la vista en la region de lo infinito y no puede, porque una nube densa se interpone. Cuando los primeros padres, felices é inocentes, gozaban las delicias del Paraíso, el espíritu tentador disparó un tiro mortal á la ca-

beza de la mujer, y la mujer y el hombre sintieron sus estragos; no les dijo: «*seréis mas ricos*, ni *seréis mas bellos*, ni *seréis mas poderosos:*» les dijo: «seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.» No era, pues, la riqueza, ni la hermosura, ni el poder, el veneno que habia de inficionar al humano linaje desde la primera hasta las últimas generaciones; era el deseo inmoderado de saber; era la insensata aspiracion á igualarse con la Divinidad omnisciente. La soberbia que en el cielo habia producido la primera rebelion, ocasionó en la tierra la primera y perdurable catástrofe.

La razon humana, ávida de saber, inquiere y sabe; atesora noticias, y las reduce á sistema; aprende ideas, y las ordena; pretende establecer principios, y los establece; se empeña en deducir consecuencias, y las deduce; pero busca dentro de sí el fundamento de los primeros principios; pero registra en su *yo* el secreto de las verdades primitivas, y se afana inútilmente; y el espíritu tentador que la acecha como en el Paraíso á la primera madre, le dice astutamente: «¿Conque no te es dado penetrar en los misterios de la ciencia?» y á poco le añade: «no tengas miedo: tú eres hecha á imágen de Dios, y tu alcance es infinito como el de Dios; lo que tú no comprendas, es absurdo en sí: niégalo.». Y la pobre

razon humana, seducida por el demonio invisible, orgullo, como Eva por el demonio visible, serpiente, primero busca, y luego vacila, y por último niega: extraviada en el camino de las abstracciones, buscando á Dios y sin encontrar á Dios, ó se diviniza á sí propia, ó diviniza todo cuanto ven los ojos de la materia. El racionalismo y el panteismo son dos hijos gemelos del orgullo humano, nacidos, no ayer, no en el cerebro de Hegel ni en el de Spinosa, sino en fechas muy remotas: son dos niños muy viejos á quienes no deja crecer ni prosperar el vicio original que llevan en su sangre.

En épocas determinadas, y una de ellas es la actual, esos niños seculares se muestran mas impacientes, mas afanosos; parece que recobran nueva vida y que adquieren mas vigor; son alegrías del momento; fosforescencias de la juventud. Hoy Alemania difunde con particular amor esos sistemas; Francia los copia, y el resto de Europa los acoge. Veamos lo que hay en esto de grave y de trascendental.

Verdaderamente es una gran ciencia la filosofía de la historia: si se estudiara con imparcial criterio y ánimo sereno esa gran ciencia, sufriria golpes de muerte el imperio del error. Ella nos dice que en varias ocasiones se ha levantado en medio de la humanidad un espíritu de exámen y

de análisis, una especie de desasosiego intelectual, una inquietud científica que ha conducido á los hombres á grandes alturas, pero tambien á grandes abismos. Es de notar que cuantas veces se ha despertado con estrépito y arranques desacostumbrados el espíritu de análisis, ha escogido como objeto predilecto las verdades católicas, que son á la vez principios fundamentales de la sociedad; es decir, cuantas veces el espíritu humano, inspirado por la soberbia, especialmente en estos últimos siglos, ha querido pasar revista á los ejércitos que combaten en los dilatados campos del error, y á los que defienden los caminos de la verdad, siempre ha sido para alentar á los primeros, y para predicar la desercion á los segundos. El espíritu de soberbia, constituido en tribunal por su propia autoridad, se ha complacido en desglosar y en rebatir, y en rasgar el libro de las verdades, no el libro de los errores: los siglos todos de las grandes herejías dan testimonio en pró de esta opinion. Cuando se habla de libre exámen y se proclama la excelencia del análisis en todas las esferas, la filosofía católica debe vestirse de medio luto; en cambio, no hay absurdo filosófico que no pueda y deba vestir de gala.

No somos enemigos del análisis, pues tanto valdria ser enemigos de la ciencia; pero lo queremos razonable, contenido en sus justos límites; lo queremos como recurso de la verdad, no como recurso contra la verdad.

Hoy pasa el espíritu humano por uno de los vértigos mas tremendos de que puede dar cuenta la historia de las edades. Segun dice el vulgo de los sabios, la ciencia se ha secularizado. ¿Qué significa esta secularizacion de la ciencia? ¿Significa acaso que la ciencia era ántes patrimonio del clero, y es ahora patrimonio de los seglares? ¿Significa que la ciencia, vinculada ántes en pocos, se ha repartido ahora en la multitud por un fenómeno que pudiéramos llamar de desamortizacion científica? No es fácil adivinar el alcance y trascendencia de aquella frase tan usada por el vulgo de los sabios: una cosa puede asegurarse, y es, que desde el momento en que la ciencia se torna seglar, deja de ser sacerdocio; y cuando la ciencia deja de ser un sacerdocio, empieza á ser un azote.

III

La ciencia se difunde, se propaga, penetra en todas las clases, llega á casi todas las inteligencias. La maravillosa facilidad de las comunicaciones entre las gentes por medio de las vías férreas, y entre las ideas por medio de la imprenta, contribuye á hacer mas rápido y activo el comercio

científico; esto es verdad. Centenares de libros salen á luz cada año; no parece sino que todo el que sabe leer está obligado á demostrar que sabe tambien escribir; y á tal punto crece el número de autores de libros que, pues hacer libros tanto vale como erigirse en maestro de la multitud, es ya el número de los maestros inmensamente mayor que el de los discípulos. Nuestros mayores pasaban el primer tercio de su vida aprendiendo en las escuelas; el segundo tercio estudiando en su retiro; y allá en los últimos años, cuando las ideas germinaban y se multiplicaban en su cabeza, coronada con la doble corona de la sabiduría y de las canas, se atrevian á consignar y publicar el fruto de sus desvelos. Hoy acontece todo lo contrario: el estudio de las aulas es ligero; el estudio privado es por lo comun frívolo; el ansia de escribir no admite espera: consecuencia de escribir mucho es que haya mucho que leer; consecuencia de leer mucho es que no quede tiempo para meditar; consecuencia del no meditar es casi siempre el escribir: y hé aquí cómo el inmoderado escribir de nuestros dias es á la vez causa y efecto de un mal que ofrece síntomas alarmantes. Un gran orador contemporáneo pregunta: ¿qué hubiera sido necesario á muchos autores para hacer un libro ménos? Y responde: saber una verdad más: y muchos siglos ántes que este

orador insigne, habia escrito Séneca esta admirable sentencia: *puto multos ad sapientiam potuisse pervenire, nisi se jam crederent pervenisse.*

La ciencia se generaliza; es decir, todos ponen sus manos en la ciencia; todos queremos saber algo de todo; y querer saber algo de todo es, como dijo Pascal, no saber el todo de nada.

La superficialidad científica de que necesariamente ha de resentirse una generacion que vive al vapor y que apénas tiene tiempo de desflorar los ramos mas frondosos del saber humano, trae por consecuencia, tratándose de la filosofía en sus vastas aplicaciones, los errores mas crasos, y por tanto el retroceso mas desdichado.

A la fuerza centrífuga del orgullo, ahora como nunca excitado, ha de oponerse la fuerza centrípeta de la ciencia, sólidamente aprendida y generosamente profesada. Los vapores de la vanidad, el humo idolátrico de la razon no se contienen y sujetan sino con el freno de la fe. En los espíritus soberbios la fe y la poca ciencia no se amalgaman: la poca ciencia dice: «*exáltate,*» y la fe dice: «*humíllate;*» y para los espíritus soberbios es mucho mas fácil la exaltacion que la humildad. Resulta, pues, que una gran parte de los sabios de nuestros dias, con la prisa que se dan á ejercer su profesion, no pueden detenerse á pedir fe, ni á creer en las